

De la luz de la choza los destellos  
Hieren el lago: el labrador activo  
Eleva sus cantares, y hace en ellos  
Dulce recuerdo del país nativo:

“Si da la noche tregua al trabajo,  
A mi cabaña del monte bajo;  
De mi semblante limpio el sudor:  
En nada pienso durante el día;  
La noche umbría  
Trae recuerdos al corazón.

“Viene á la mente mi alegre infancia,  
Padres, hermanos, y la fragancia  
De aquellos campos donde nací:  
La casta joven de sumo encanto  
Que quise tanto  
Y á ver no he vuelto, pobre de mí!

“Ingrata es siempre la tierra extraña:  
En ella á el alma sensible daña  
Vago el recuerdo de antiguo bien:  
La edad disipa sueños brillantes. . .  
Tiernos amantes,  
En la mañana la flor coged!”

—¿Oyes, Diana? . . . Aquí, bajo este cielo  
Salpicado de nítidas estrellas,  
Mudos testigos de mi amante anhelo,  
Cual las del clima de mi patria bellas:

Aquí, sobre la tierra perfumada  
De primavera con el tibio aliento,  
Donde ahora es el agua sosegada  
Argentino tapiz, música el viento,

Tu amor reclamo yo, porque mi alma  
Vive sin él como en desierto ardiente  
Falta de lluvia la marchita palma,  
Cual pobre pez en agotada fuente.

Que al traerme á vivir bajo este clima,  
Poniendo ante mis ojos tu belleza,  
Dios no quiso que el fuego que me anima  
Fuera ocasión de perennal tristeza.

Que al arrojarte Dios acá en el mundo,  
Para que fueras te arrojó, Diana,  
De acciones nobles manantial fecundo  
En el erial de la desdicha humana.

¿Respuesta no me das y palideces?  
Dime que nó; que, tan ilustre y bella,  
Un esposo mejor que yo mereces. . .  
¡Nunca otra fué mi maldecida estrella!

Un corazón humilde, un nombre oscuro  
Piedad á la mujer piden en vano,  
¿No es cierto? dí. . .

—No, Carlos, te lo juro:  
Tuyo es mi corazón; tuya mi mano!

Tú los viste, ¡oh noche silenciosa!  
Cuando tu curso apenas comenzabas:  
Con tu misterio su ilusión dichosa,  
Con tu esplendor su fuego acrecentabas.

Esa inocente niña su cabeza  
Reclinaba en el seno de su amado,  
Y, mudo adorador de su belleza,  
Contemplábala él entusiasmado.

Con mano ardiente su cabello de oro,  
En dos trenzas copiosas recogido,

Acariciaba, y al metal sonoro  
De su amorosa voz prestaba oído.

De Diana las pupilas peregrinas,  
De su ternura casta en los accesos,  
Lágrimas eclipsaban diamantinas  
Y él las secaba en el instante á besos!

En tanto el lago de cristal dormía,  
Quejábase en el árbol la paloma;  
La luna, hacia el Oriente, aparecía  
Tras el declive de la extensa loma.

VII

Un seudo-político de los que abundan en el país.—¿Está enamorado de Diana,  
ó de sus diamantes?—Temores que inspira su conducta.

No sé si en mi paleta habrá colores  
Con que yo retratarte, Álvarez, pueda,  
O si, á pesar de artísticos sudores,  
A mi aliento una empresa tal exceda.  
Veo que tus acentos tronadores  
Oye con atención ilustre rueda,  
En la que hablar osara otro ninguno;  
Tu profesión conozco: eres tribuno.

Tú marchas del progreso por la senda,  
Y quieres á los pueblos oprimidos  
Quitar la espesa vergonzosa venda  
Que tejieran tiranos foragidos;  
Y, aunque este pueblo mísero no entienda,  
Por más que lleguen siempre á sus oídos  
Las palabras que brotan de tu labio,  
Padre te llama y te proclama sabio.

Emancipar la gran familia humana  
Es tu anhelo especial, ¡anhelo santo!  
Mas dime ¿por qué zurras la badana  
A tus pobres domésticos en tanto?  
Ángel de tolerancia soberana,  
¿Por qué no extiendes de la patria el manto  
Sobre el menesteroso que te roba  
En el seguro de tu misma alcoba?

Tachas al propietario de egoísta  
Porque al pobre sus tierras no reparte:  
Es hombre nulo para tí el artista  
Y máquina venal quien sigue á Marte;  
Mas ¿qué rumor metálico la vista  
Te hace volver solícito á otra parte,  
De la ley en el noble santuario?  
¡Silencio! el mes acaba. . . ¡es su honorario!

No imitas al honrado ciudadano  
Que al poder echa en cara sus abusos,  
O si él gobierna, con robusta mano  
Sabe á raya tener á los ilusos:  
De la chusma insensata (y nunca en vano)  
Halagas tú los corrompidos usos;  
Te ofrece cuenta conservarla amiga;  
Oro es tu ley; la patria, tu barriga.

Tu suerte ¡cuán diversa de la mía!  
En el ocio tu vida pasa entera,  
Y en la mitad de tan holgada vía  
Te aguarda, sí, ministerial cartera.  
Yo por ganar el pan de cada día,  
Aguzo cuanto puedo la mollera,  
Y, anotando guarismo tras guarismo,  
Hallo en mí siempre el arrancado mismo.

Bien; sigamos así; mas dime, ¿cómo  
Hirió el amor tu corazón de acero

Y ha convertido á Bruto en fiel palomo  
De albo plumaje y canto lastimero?  
A la verdad, mi entendimiento romo  
Esto no acierta á concebir: yo quiero  
Me digas si á Diana haces la ronda,  
O á sus ricos diamantes de Golconda.

Quiero también me digas (y dispensa  
Si de prudente límite me salgo,  
Y á tomarlo no vayas por ofensa,  
Que un Potosí por mi franqueza valgo)  
Si entre la diosa á quien tu amor inciensa  
Y tu persona, de común hay algo;  
Si puede competir rastrera planta  
Con el cedro que al cielo se levanta.

Y si no fuere así, tu alma patriota  
Por qué, experimentando sus desdenes,  
Con nube de tristeza se encapota,  
Y con ira te aprietas ambas sienes?  
Ello, si estás en público, se nota  
Que tu dolor y cólera contienen,  
Pues sabes que este género de males  
Suele á risa mover á los mortales. —

Inspira miedo la serpiente astuta  
Que al peregrino con su aliento enerva,  
A un lado puesta de la estrecha ruta,  
Do á la vista se esconde entre la hierba.  
Gusta el gusano de horadar la fruta  
Que el hortelano á su festín reserva,  
Y aunque la encuentre verde, echa en su seno  
El inmundo licor de su veneno.

VIII

Preparativos de boda.—El baile en la quinta.—El dominó blanco.—Don Francisco de Quevedo.—Reconciliación de Álvarez y Carlos.—Una carta anónima.—El desengaño.—Rompimiento.

Con regocijo acepta la familia  
A Carlos para esposo de Diana,  
Que si carece de riqueza, alberga  
Su noble pecho cualidades altas.  
Asoma la alegría á los semblantes  
De hombres y de mujeres cuando hablan  
Del proyectado enlace que, sin duda,  
Tendrá efecto en la próxima semana.  
No faltan sonrisillas picarescas  
O señales equívocas de lástima  
Hacia el galán que, cual la antigua zorra,  
Las uvas que apetece verdes halla:  
Y es fuerza, al contemplar la indiferencia  
Con que á la hermosa novia Álvarez trata,  
Crear que en su alma con valor extingue  
Hasta el vestigio de amorosa llama,  
Y que del mundo imbecil (imitando  
Al Sabio Rey) los desengaños palpa.

El buen humor de todos contribuye  
A dar lustre al primer baile de máscaras,  
Por hallarse en el cual, vinieron jóvenes  
De la ciudad cercana, ilustres damas,  
Músicos y demás gente curiosa  
Que á la bulla concurre, aunque no baila.  
Cubre pèrsica alfombra el pavimento,  
Cuadros y espejos las paredes blancas  
De la sala espaciosa y, por do quiera,  
Puestas las flores en marmóreas jarras,  
Su perfume exhalando, se marchitan,  
Cual la inocencia en el festín se empaña.

Brilla la esperma en candelabros de oro,  
Sus instrumentos mágicos ensayan  
Los músicos, y pueblan el recinto,  
Con disfraz ó sin él, personas varias.  
El cabello trenzado con esmero,  
De alabastro la tez, de fuego el alma,  
Flexible la cintura como el junco  
Que se comba en la selva solitaria,  
Doncellas mil en brazos de los jóvenes  
Vuelan girando en la festiva danza. —  
La atención de la noble concurrencia,  
Cual ningún otro, en el momento llama  
Ligero dominó de raso blanco,  
Que lleva capuchón color de grana.  
Su careta finísima remeda  
Semblante femenino lleno de gracia;  
Leve lunar junto al carmíneo labio  
De la sedosa tez la nieve esmalta.  
En su redor apíñase la turba  
De los curiosos que su mano palpan,  
Reconociendo en ella bajo el guante  
Tal pequeñez, que en fabulosa raya.  
Otros, della detrás, con disimulo,  
De su ropa talar alzan la falda,  
La bella forma de sus pies mirando,  
Que diminutos boreguíes calzan;  
Y se dicen los hombres al oído  
Que otra no puede ser sino Diana  
Quien así se disfraza, y ya su mano  
Quién para el comenzado vals demanda,  
Quién para la cuadrilla ó la mazurca,  
Quién para la tercera contradanza;  
Mas ella se escabulle y deja á todos  
Tendiendo en vano con afán las palmas.  
También excita de la sala en medio  
Vivas curiosidades otro máscara,  
Que á Don Francisco de Quevedo imita  
En el aspecto y la festiva charla.

Va mostrando la cruz de Santiago  
En su capa, y un pie disforme arrastra  
Por dar á niñas, jóvenes y viejas  
Zumba mortal en sus rimadas sátiras.  
Con la faz verdadera de Quevedo  
De su careta es tal la semejanza;  
Tan bien conoce del poeta insigne  
Hasta las más ligeras circunstancias,  
Que poco á poco el círculo se aumenta  
De los que á oír acuden sus palabras:  
Suspéndese la danza, y olvidados,  
Como si á leguas cien de allí se hallaran,  
Quedan algunos máscaras de aquellos  
Que entran en el salón, miran y callan,  
O, si á soltar la lengua al fin se atreven,  
Hablan *de usted* y necedades hablan.

De la turba de oyentes á ese tiempo  
Álvarez en su traje se separa:  
Habla al oído á *Don Francisco* y llévale  
A la pieza al salón más inmediata,  
En la cual abundante y rica cena  
Está por diestra mano preparada.  
— “Carlos, le dice con su voz melosa,  
De Quevedo el papel jugáis con gracia;  
Pero personas hay que os conocieron,  
Y es ya inútil fingir. . . . Yo deseaba  
Una ocasión cual ésta, en que deciros  
Que vuestra dicha júbilo me causa:  
Mi amor he sofocado para siempre.  
¡Diana con su amor feliz os haga!  
Y en prueba de amistad, aquí apuremos  
Si os parece, dos copas de Champaña.”  
Acepta Carlos. Álvarez las copas  
Llena, y en la de aquél una substancia  
Desconocida echó con disimulo:  
Ambos las copas cogen. . . . las levantan,

Las chocan, beben, y de allí á un momento  
Cual dos amigos íntimos se apartan.  
Y, no bien al salón llegaba Carlos,  
Cuando cierta solícita criada,  
De quien harán memoria mis lectores,  
Al joven temblorosa mano alarga  
Para darle un papel, y se retira  
Mientras Carlos por él la vista pasa.

“Soy un amigo vuestro (le decían,  
Sin fecha y firma en la supuesta carta)  
Y de ver que Diana está jugando  
Con vuestro corazón, dueleme el alma.  
No creáis en la boda prometida:  
Antes que vuestro amor ella pagara,  
Ya de su corazón otro era dueño,  
Y hoy viene á reclamarle su palabra.  
Si crédito no dais á estos renglones,  
Salid por un momento de la sala  
Y en la sombra esperad, porque al amante  
Cita para el jardín tiene ella dada,  
Y á veros un instante descuidado,  
Para cumplir su compromiso, aguarda.  
Pero escuchadme, Carlos: no vayáis  
A armar aquí con vuestra afrenta zambra;  
Nada de quijotismo; el que es prudente,  
De lo que mira se aprovecha y calla.”

Intención tuvo Carlos de hacer trizas  
El vil papel que la pureza mancha  
De su hermosa Diana; pero tiende  
La vista, y lo que ve su sangre euaja.  
Con máscaras diversas, allá lejos,  
Diana estaba en misteriosa plática:  
Carlos creyó notar que sus acciones,  
Sin perderle de vista, ella espiaba,  
Y entonces el demonio de los celos  
En su pecho infeliz hinca la garra.

“Con cerciorarme nada pierdo (dice)  
De lo que anuncia esa funesta carta.”  
Y hasta el confin del corredor obscuro  
Corre, y allí temblando se agazapa.

Quando él salió, por la contraria puerta  
Con traje al suyo igual, asoma un máscara:  
Pasea su mirada recelosa,  
Luego se acerca adonde está Diana  
Y le dice al oído: “Necesito  
Hablarte en el instante dos palabras.”  
“Bailaremos, Diana le responde,  
Creída ya de que con Carlos habla;  
Mas él insiste en que al jardín vecino  
Vayan los dos mientras la gente baila.  
Acalorada ya con la careta,  
La agitación causada por la danza,  
La luz, la concurrencia, ella sentía  
Arder sus ojos cual si fuesen brasas:  
Un helado sudor bañó su frente,  
Y vueltas daba en su redor la sala;  
Mas, conociendo el genio caprichoso  
De su amante, hacia afuera le acompaña,  
En él se apoya y dícele: “Hace rato  
Que te quería hablar. . . me siento mala.”  
—“Tal vez el aire fresco de la noche  
Disipará tu malestar.” Llegaban  
En esto á aquella puerta que salida  
Presta al jardín: desdobra una ancha capa  
Nuestro desconocido y se arreboza,  
Sin que manejo tal advierta Diana.

No bien los viera Carlos dirigirse  
Hacia la fuente del jardín, á gatas  
Corre por los lugares más sombríos;  
Hiérese rostro y manos con las zarzas  
Que le obstruyen el paso: da un rodeo,  
Y, al fin, detrás de una ruinosa tapia

Se detiene. . . comprime los latidos  
Con que su corazón del pecho salta,  
Y con sus manos trémulas sofoca  
Hondo gemido que partió del alma.  
De las estrellas á la luz incierta  
Ve que muy cerca de él los dos se abrazan,  
Y que el desconocido imprime un ósculo  
En la frente de aquella que le engaña:  
Por si incompleto el desengaño fuese,  
Llegaron á su oído estas palabras:

*Desc.*—“Temo, sí, por mi amor mientras ese hombre  
Continúe viviendo en esta casa;  
Su vista me enfurece. . . .”

*Dian.*— “Sólo un ciego  
Pudiera no advertir que sólo ama  
A tí mi corazón; que mis riquezas  
Son lo que á él únicamente halaga:  
Mas ¿por qué disfrazado permaneces?  
¿Por qué finges la voz. . . ?”

*Desc.*— Vaya, Diana,  
Retirémonos ya, pues frío el viento  
Sopla y á tu salud acaso daña.”

Cual leona á quien roban sus cachorros  
De la espesura enfurecida salta,  
Viendo que los amantes se retiran,  
Carlos salvó la derruida tapia.  
Despareció el traidor. . . . El rostro vuelve  
Ella cuando arrancábase la máscara  
Carlos, y al verle, un grito de sorpresa  
Y espanto su convulso labio exhala.  
Él se acercó, pintada en su semblante  
La agonía, el deseo de venganza,  
Y apoyando su cuerpo contra un árbol,  
Inmóvil permanece como estatua.  
Diana sus manos lleva hacia la frente,  
Porque creía que soñando estaba.

“No; yo estoy loca,” dijo. “¿Eres tú, Carlos?  
Respóndeme. . . ¿no sé lo que me pasa!”  
—“Soy yo,” contesta Carlos. “Si hombre alguno  
Cuanto he visto y oído me contara,  
Lejos de darle crédito, mi mano  
Hoy ostentara una sangrienta mancha,  
Y de tal homicidio tú, sin duda,  
Fueras, mujer, la despreciable causa!”  
—“Esto no puede ser,” clamaba ella:  
“Alguno mutuamente nos engaña.”  
De pronto vaciló. . . su frente ardía,  
Al corazón su sangre se agolpaba:  
“Todo se aclarará,” dijo, tendiendo  
Hacia su amado las errantes palmas:  
“A mi aposento, por piedad, me lleva:  
No me puedo tener; estoy muy mala.”  
Carlos allí con ímpetu terrible,  
De indignación temblando, la rechaza.  
De su rival en pos correr quisiera,  
Y el narcótico ya su vista empañía,  
Sus miembros entorpece. . . da tres pasos. . . .  
Anúdase la voz en su garganta,  
Y derríbale al fin sueño invencible  
Sobre el tapiz de la extendida grama.—  
Diana en tanto en la pared se apoya  
Del largo corredor; su cuerpo abrasa  
La fiebre; lanza allí débil gemido;  
Torna á seguir su trabajosa marcha,  
Abre la puerta de su alcoba, y entra  
Y se desploma, de sentido falta.